

Alberto CATURELLI, *Historia de la filosofía en la Argentina, 1600-2000*, Ciudad Argentina, Buenos Aires 2001, 1486 pp.

Pub. in "Acta Philosophica", 11, 2002, 360-365.

El presente volumen representa una contribución única para el conocimiento de la historia de la filosofía argentina. Su autor publicó anteriormente *El Nuevo Mundo* (1991), donde estudiaba el significado cultural y filosófico del descubrimiento y evangelización de América, y una *Historia de la filosofía en Córdoba* (1993). Puede considerarse uno de sus precedentes una obra de Guillermo Furlong sobre la historia de la filosofía en el Río de la Plata, de 1952, quien sin embargo ya en 1954, a la vista de un estudio de Caturelli sobre el pensamiento de Esquiú, se preguntaba si este autor no estaría llamado a escribir una historia completa del pensamiento filosófico en la Argentina. La obra del cordobés Caturelli, uno de los pocos filósofos argentinos conocido internacionalmente, por su amplitud y caudal documental ofrece un panorama vastísimo. Pese a su extensión, ha conseguido hacerla amena, con un lenguaje fluido, claro y esencial. Van pasando cantidades de autores, cuya bibliografía (su producción y los estudios sobre cada uno) se coloca al final del libro. De cada uno se describe con objetividad su pensamiento, en las líneas esenciales, y sólo en algunos casos se indica una valoración, que se distingue claramente de la parte descriptiva. Caturelli ha seguido expresamente el criterio de mencionar a todos los autores relevantes, lo que supone un trabajo de largos decenios para recoger todo el material, sin centrarse sólo en los consagrados por la moda, sino rescatando también a otros que quedaron en la oscuridad. Da un justo peso a la filosofía de la época española en el Río de la Plata y al pensamiento de autores cristianos, tantas veces dejados de lado por prejuicios ideológicos. Se ocupa de la filosofía de todos los centros intelectuales de Argentina (Córdoba, Tucumán, Cuyo, etc.), sin caer en el "centralismo" de fijarse sólo en Buenos Aires.

El valor informativo de esta obra cicolépea es enorme. Se estructura en 921 páginas de exposición, tres apéndices y casi 500 páginas de bibliografía ordenada, fácilmente consultable, de modo que en seguida puede verse la bibliografía correspondiente a cada autor. Al final de su estudio, Caturelli señala que ha recorrido un arduo camino que debe ser completado con la historia del pensamiento filosófico de toda Iberoamérica. Una característica de este volumen es que su esquema no se ha centrado en los numerosos influjos filosóficos externos que va recibiendo el área del Río de la Plata en los 4 siglos tocados. Se estudian directamente las corrientes y los autores en sí mismos, con lo que destacan fácilmente su originalidad y sus dependencias. De los autores se considera, según los casos, la metafísica, la antropología, la ética, etc., dándose importancia también a aspectos como el pensamiento estético, educativo, jurídico o filosófico político. Dado el ambicioso proyecto de hablar de todos los autores, se comprende que el esquema historiográfico pudiera resultar muy difícil. Caturelli sigue con bastante linealidad la época colonial, y entre fines del siglo XVIII y del XIX logra un esquema cronológico, al entroncar a los pensadores estudiados dentro de macroeventos políticos como son el movimiento independentista (1810) y la estabilización constitucional del país (1853). Para el siglo XX, mucho más complejo, no sigue en cambio una periodización especial, sino que vuelve una y otra vez sobre diversas corrientes que pasan por la entera vigésima centuria, sin relacionarlas con la historia política y social, que supone conocida. Se consideran también las instituciones en las que la filosofía pudo encontrar cauces de desarrollo, con detalles históricos interesantes (Universidades, escuelas y facultades de filosofía). Después de leer esta obra, se saca la impresión de la existencia de un vasto e intenso movimiento filosófico a lo largo de los cuatro siglos estudiados, especulativamente valioso y con trascendencia histórica y social. Esto es normalmente ignorado y por eso mismo resulta muy sorprendente.

A continuación intentaré resumir brevemente el inmenso cuadro que se despliega en la exposición de Caturelli. Con relación a los siglos XVII al XIX, el esfuerzo del autor ha sido notable, pues ha debido acudir en muchos casos a la lectura de códices manuscritos y a la búsqueda de ediciones difícilmente encontrables. Los siglos XVII-XVIII no son para el autor simplemente la época de la “colonia” española, si se da a este término un sentido comercial. Las provincias ultramarinas de la Corona española, las Indias -lo que hoy llamamos Iberoamérica- reciben la herencia del pensamiento filosófico occidental, en la forma de la filosofía escolástica humanista del Siglo de Oro. La cristianización del Nuevo Mundo puso al continente americano en la situación cultural de “nueva creación”, liberándolo de un mundo mítico y mágico. La filosofía empezó a enseñarse en Iberoamérica muy pronto después del descubrimiento de América, en las Universidades de México, Lima, y en el Cono sur en la Universidad de Córdoba (1613), en vida de Suárez, Vitoria, Juan de Santo Tomás, Galileo y Descartes.

La etapa de los siglos XVII y XVIII es estudiada minuciosamente por Caturelli, que sigue los avatares de la facultad de Artes de Córdoba y considera figuras como Luis de Tejada, Domingo Muriel y otros. Destaca la filosofía de profesores jesuitas, muchos entroncados en el suarismo, con una doctrina política que influirá en la revolución de 1810, y atentos a la evolución de las ciencias europeas. Tras la expulsión de los jesuitas (1767), comienza una etapa de aportes franciscanos y dominicos en la filosofía del Río de la Plata. La enseñanza de la filosofía en esta época no responde a una escolástica paralizada, sino que está en contacto con el racionalismo europeo, la tradición patrística y las líneas suarista y escotista, a veces con algo de eclecticismo. En 1772 se funda en el futuro Virreinato del Río de la Plata (1776) el Real Colegio de San Carlos, centro de altos estudios donde comienza la enseñanza de la filosofía en Buenos Aires, más adelante elevado a rango de Universidad (1821, aunque la facultad de filosofía comenzará sólo en 1895). En este ambiente de pensamiento tradicional y a la vez moderno aparecen los principales protagonistas de la revolución de mayo de 1810

(Saavedra, Belgrano, Paso, Gorriti, el Deán Funes), algunos de los cuales, como los tres últimos, escribieron sobre filosofía.

Caturelli estudia a continuación los diversos intentos de justificación teórica, de tipo filosófico, de la independencia argentina (Deán Funes, Castro Barros, Gorriti), donde se unen valoraciones de la época hispana, conceptos de Derecho Natural e ideas sobre el progreso histórico, junto a cierta visión de la democracia moderna. Considera que en los pensadores revolucionarios había una mezcla no siempre coherente de pensamiento tradicional y aspectos iluministas o racionalistas. Pero al estricto ideario ilustrado le seguirá bien pronto, en la década de los años 20, la filosofía de la “ideología”, fuertemente secularizada y anticlerical, que se impone en la Argentina en la época de Rivadavia (influido por Bentham y Mill). Entramos así en la época de las guerras civiles, la anarquía y la estabilidad de la Confederación (Rosas), a la que seguirá la etapa constitucional desde 1853. Aquí destaca la contraposición entre un tipo de pensamiento tradicional, romántico, antiliberal y otro de carácter progresista e iluminista, que domina en el Salón Literario de Echeverría. Este último filón, aunque tiene a veces una expresión cristiana, idealiza la idea de progreso, oponiéndose a la cultura tradicional hispana y confiando en una replasmación del pueblo en base a la inmigración europea. Aquí Caturelli expone con gran detalle la filosofía de Juan Bautista Alberdi, inspirado en autores franceses y admirador de los anglosajones, con un proyecto de país argentino basado en el ideal iluminista del progreso indefinido.

A partir de este momento, el volumen no vuelve sobre las circunstancias políticas nacionales en cuanto trasfondo del pensamiento filosófico. La nueva nación ha encontrado desde la segunda mitad del siglo XIX una forma institucional estable y prosigue adelante en su historia. En estos años -últimos decenios del XIX e inicios del XX- presenciamos primeramente el surgimiento de una línea de pensadores espiritualistas eclécticos, bajo el influjo de Cousin, filósofo de la restauración en

Francia, prontamente substituida por autores racionalistas y laicistas de diversos colores, así como la llegada desde Alemania, al igual que sucedió en España, del movimiento krausista, filosóficamente endeble pero influyente, por ejemplo, en los orígenes del radicalismo político (Irigoyen, presidente de la nación, fue también profesor de filosofía). Desde el punto de vista cuantitativo, tanto por los autores, como por las publicaciones e influjos, la corriente filosófica más masiva en el paso del siglo XIX al XX en Argentina es el positivismo cientista y materialista (Comte, Haeckel), que domina en áreas como la historiografía, la pedagogía, el Derecho y las ciencias naturales. Aquí es conocida la figura de José Ingenieros, el positivista más sistemático y extenso, aunque ya tardío, porque el mundo filosófico a principios de siglo se movía en una dirección ya alejada del positivismo clásico. Otro elemento importante de esta misma época es el pensamiento cristiano, al principio poco consistente a causa de la desconexión con las fuentes, el secularismo dominante y el tradicionalismo fideísta. Poco a poco, sin embargo, la filosofía cristiana comienza a ser más robusta, en parte gracias al influjo de Balmes, y por fin a causa del aliento dado a Santo Tomás por la *Aeterni Patris* de León XIII. Destaca la personalidad de Fray Mamerto Esquiú, que dio clases de filosofía retomando las fuentes cristianas, a partir de la patrística, y aceptando la Constitución Nacional de 1853, sin por eso ser un autor liberal. Los filósofos cristianos de fines del XIX comenzaron ya a plantear una eficaz crítica del positivismo y del evolucionismo ideológico.

A inicios del siglo XX se produce en Europa una seria crítica del positivismo, con la vuelta a Kant. Este fenómeno penetra en seguida en la Argentina, bajo la forma de neokantismo, vitalismo y otras corrientes, gracias en parte al influjo de Eugenio d'Ors y de Ortega y Gasset, que visita la Argentina en 1916. En 1917 se crea en Buenos Aires el Colegio Novecentista, que caldea el ambiente filosófico y al que concurren importantes personalidades. Sorprende la rapidez con que se traducen en el país obras de filósofos europeos, como Bergson, Marx, fenomenólogos y existencialistas. Destacan en este

momento Alejandro Korn, neokantiano “concientalista”, Coriolano Alberini, idealista vitalista cercano en parte a Bergson y a Scheler, y Alfredo Franceschi, realista crítico, que introducirá en Argentina la lógica simbólica.

En lo que sigue, no es posible construir un esquema unívoco para el rastreo de la filosofía argentina en el siglo XX, ni por corrientes, que son difusas y difícilmente demarcables, ni por zonas geográficas o instituciones. Caturelli agrupa con libertad a los pensadores bajo diversas categorías. En el campo de la fenomenología no abierta a la trascendencia tenemos la figura de Francisco Romero, sucesor de Korn en la Universidad de Buenos Aires. En una línea historicista es importante Rodolfo Mondolfo, italiano acogido por la Universidad de Córdoba en los años 40. Vicente Fatone sobresale en la filosofía religiosa y mística orientalizante, y es considerado por Caturelli como uno de los pensadores especulativos argentinos más altos del siglo XX, y el más grande orientalista de Hispanoamérica. En filosofía de la ciencia destaca Mario Bunge. La conexión con la filosofía analítica queda demostrada por la fundación en 1972 de la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico. En las líneas de fuerza que recorren todo el siglo XX en este país se observa, por tanto, una recepción de todas las corrientes filosóficas occidentales, como Kant, Hegel, Croce, Gentile, Marx, Bergson, Nietzsche, Dilthey, Husserl, Heidegger, Jaspers, Scheler, Buber, Mounier, pero siempre de un modo original, con facetas y matices propios. La filosofía analítica tiene especial relevancia en Argentina en el área ética. Caturelli estudia también a algunos pensadores inmanentistas, aunque vigorosos, como Carlos Astrada y Nimio de Anquín (Córdoba), Miguel Angel Virasoro (Santa Fe) y Juan R. Sepich (Mendoza).

La filosofía cristiana en el siglo XX es presentada en el libro con gran amplitud, con autores agustinistas, espiritualistas, tomistas, suaristas y otros. El autor señala la intensa actividad filosófica en la Córdoba de los años 10, 20 y 30, con lecturas y discusiones en torno a Maritain, Bloy, Belloc, Chesterton, Soloviev, Santo Tomás y

Padres de la Iglesia, y con la fundación en diversos sitios de revistas como *Arx*, *Signo*, *Criterio*. En 1936 Maritain visita Buenos Aires por dos meses y alienta los estudios filosóficos tomistas. El renacimiento del pensamiento cristiano en Buenos Aires debe mucho a la figura de Tomás Casares, que dirigió los Cursos de Cultura Católica, más tarde integrados en la Universidad Católica Argentina, fundada en 1957.

Varias páginas se dedican al pensamiento filosófico de algunos autores jesuitas, facilitado por la fundación del Colegio Máximo de San Miguel en 1931 y por la Universidad del Salvador en 1956, con la gran figura de Ismael Quiles, que elabora un sistema original, el “in-sistencialismo”, para luego dedicarse a la filosofía oriental. Dentro del espiritualismo, destacan personajes más recientes, como Héctor Mandrioni, fenomenólogo cristiano, y Francisco García Bazán, estudioso de Plotino y los gnósticos. En el área de Tucumán, se dedican varias páginas a un pensador muy original, espiritualista, Alberto Rougès, y a la aparición de un vivero tomista de los dominicos, en el que nace la Universidad de Santo Tomás en 1965, de la que surge una derivación en Mar del Plata (1992) por obra de Aníbal Fosbery, fundador de Fasta (Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino, 1962). En la zona del Litoral, Caturelli menciona la figura de Raúl Echauri, tomista heideggeriano. En Mendoza, aparte de Sepich, que tuvo un periodo escolástico antes de derivar al hegelianismo, y que fue promotor del importante Congreso nacional de filosofía de 1947, se crea un foco muy vivo de filosofía, con figuras como Abelardo Pithod, Miguel Verstraete, Carlos I. Massini y otros. Los filósofos cordobeses son seguidos con mucha atención por Caturelli. Entre éstos cabe mencionar ante todo a él mismo, ligado, entre otras cosas, a la importante celebración del primer Congreso Mundial de filosofía cristiana en Embalse (1979). Pero Caturelli habla de sí mismo sólo en un apéndice al final del libro, a través de una breve entrevista publicada en la revista *Filosofía Oggi* (Génova) en 1985, en la salen algunos aspectos de su filosofía personal, espiritualista, marcada por influjos, entre otros, de Santo Tomás, Rosmini y Sciacca. Uno de sus grandes temas, en el que sigue

trabajando, es el significado filosófico de América en el actual momento del pensamiento mundial.

Respecto al pensamiento cristiano en Buenos Aires, el autor subraya el influjo de filósofos tomistas como Maritain, Gilson, Sertillanges, Garrigou, Fabro, Ramírez, y la importancia de Octavio Nicolás Derisi, fundador de la Universidad Católica Argentina y de la revista *Sapientia*, y creador de un vigoroso pensamiento tomista que abarca todos los ámbitos, como la persona, la metafísica del ser, la cultura, la moral, con una valoración positiva de ciertos aspectos de la fenomenología scheleriana. Desfilan aquí otras figuras importantes, como Juan Enrique Bolzán, original filósofo de la naturaleza, Alfredo Casaubón en lógica, y Emilio Komar como filósofo de la modernidad, así como la labor intelectual de la Sociedad Tomista Argentina, dirigida hoy por Gustavo Eloy Ponferrada. Por último, en el volumen de Caturelli son también considerados algunos personajes de la cultura que, sin ser filósofos académicos, influyeron en el pensamiento, como los tradicionalistas Julio Meinvielle y Jordán Bruno Genta, el inclasificable escritor Leonardo Castellani, con notas kierkegaardianas, y literatos como José Hernández, Echeverría, Leopoldo Lugones, Hugo Wast y Leopoldo Marechal.

Esta obra es de un valor extraordinario. Será por largo tiempo un volumen de consulta obligada y representa un esfuerzo, coronado por el éxito, por dar una idea de la existencia de un pensamiento amplio, rico y consistente en este sector de Iberoamérica.